

LA ESTÉTICA DESDE UNA PERSPECTIVA VIVENCIAL

FECHA DE RECEPCIÓN: 24 de noviembre
FECHA DE APROBACIÓN: 26 de diciembre
pp.87-102

*Jaime Cardona O.**

RESUMEN

El presente trabajo constituye una fugaz visión sobre la estética, aquella parte de la filosofía que se ocupa de los efectos psíquicos de la obra de arte. Se dice también de ella que es la ciencia de lo bello, filosofía o teoría del arte. Abarca en síntesis ese incommensurable ámbito de nuestra espiritualidad en la categoría de refinamiento de la sensibilidad, lo que nos hace aptos para el goce de la belleza implícita en la naturaleza, en las expresiones artísticas, como también en el dimensionamiento que pueda alcanzar el ser humano en su integralidad.

PALABRAS CLAVE

Estética, belleza, arte, filosofía, sensibilidad, naturaleza.

ABSTRACT

This paper is a general view of aesthetics, the portion of philosophy which deals with the psychological effects of works of art. It is also said that it is the science of beauty, philosophy or theory of art. It includes synthesis, the immeasurable area of our spirituality, in the category of refinement of the sensitivity, which makes us apt for enjoying the beauty implicit in the nature, in artistic expressions, as well as in the sizing that can reach humans in their entirety.

KEY WORDS

Aesthetics, beauty, art, philosophy, sensitivity, nature.

* Licenciado en Filosofía y Letras Universidad Santo Tomás. Magíster en Filosofía Latinoamericana, con tesis en Educación y Cultura de la Universidad Santo Tomás. Maestro en Música: oboísta. Universidad de Buenos Aires Argentina. Especializado en Dirección Coral y Música de Cámara. Universidad de Buenos Aires Argentina. Ha alternado su actividad de profesor universitario, en el área de Humanidades, con la dirección coral y recitalista de oboe en las más importantes salas de Bogotá y del País, así como en España, Venezuela y Argentina

1. INTRODUCCIÓN

Hablar acerca de la estética y tratar de aproximarnos a la comprensión de su enorme contenido suscita en nosotros la necesidad de volver al pasado para recrearnos en la relación existente entre el hombre y las expresiones artísticas desde la más remota antigüedad. Consideremos en principio el arte imitativo y naturalista del paleolítico, copia fiel de la realidad, con fines de mágica practicidad, sin asomo de abstracciones o compromisos intelectuales. Un arte constituido solamente como una acción real y objetiva, enteramente al servicio de la vida y de la subsistencia, puesto que se trataba de un refuerzo en las labores de caza, para la obtención de su alimento básico, representando en el dibujo al animal perseguido y la forma de someterlo.

Tal como lo señalan algunos historiadores, las pinturas rupestres hechas por el hombre del paleolítico en las cavernas de la zona sur de Francia y la costa septentrional de España son al parecer las más antiguas con algo mas de 20 000 años de existencia. Sin embargo, superan en realismo y fuerza expresiva; en documento gráfico de una realidad vivida por el hombre de las cavernas, en medio de la brutalidad y de las fuerzas adversas de la naturaleza, a los testimonios ofrecidos por sociedades mas más avanzadas, conocedoras ya de la palabra y del lenguaje escrito.

Después de estas iniciales manifestaciones artísticas, aparecen en estadios más desarrollados las danzas, los cantos sagrados y, en definitiva, los rituales animados

por la creencia en un ser o en seres superiores y con finalidades lógicamente, de ruego y de alabanza, que conjugan la música, la danza y el teatro. De ahí, que se considere como un hecho cierto que el hombre no ha producido nunca un sonido, sin que se produzca igualmente y de inmediato, un gesto, un movimiento de su cuerpo, lo que se asocia en definitiva a la necesidad de expresar con mayor fuerza sentimientos, pasiones y voliciones, de manera especial su sentimiento religioso.

Testimonio de ello podría ser el totemismo, aquella afinidad mística del hombre primitivo con algunos elementos de la naturaleza; en este sentido, el sociólogo francés Émile Durkheim afirma en su momento que este hecho constituye la modalidad primera de la religión, pues se hace evidente en los aborígenes australianos, cuya cultura virgen, a su entender, encarnaba el género de vida propio del hombre primitivo. De esta manera, según él, el tótem constituía simultáneamente el símbolo de la divinización de la sociedad misma, al amparo de un ser superior.

A lo largo de los milenios, va quedando atrás la época del paleolítico, caracterizada por el uso de toscos instrumentos tallados en piedra y la vida nómada, dependiente de la cacería de animales y del consumo de raíces para la subsistencia, transformándose paulatinamente, e una vida más organizada, sedentaria por lo general, con logros en la construcción de herramientas de trabajo y de supervivencia, hechas en piedra pulida, así como el uso del arco y la

flecha. De la misma manera, la aplicación de técnicas en la construcción de vasijas de barro y su dedicación a la agricultura, teniendo en cuenta métodos especiales para la siembra y la recolección.

Corresponde esta época al neolítico, en la cual se presume también la domesticación de animales para su contemplación y para su empleo en labores del hogar. Igualmente, comienza la organización tribal y la apertura de un camino hacia la organización social y el surgimiento de ciudades. Como quiera que se trata de un ser de entendimiento y de razón, capaz de expresar sentimientos de nobleza y de asombro ante la naturaleza que lo rodea. El hombre del neolítico inicia muy posiblemente con la práctica artesanal y su posterior transición a la expresión artística, lo que podría considerarse como el primer cambio de estilo en la historia del arte. Ya no se trata en él, del naturalismo y la imitación, copia fiel de la realidad, sino de aquella intención artística de logrados rasgos geométricos con clara tendencia a fijar ideas y conceptos.

Eso hace que existan igualmente muchos testimonios gráficos de impresionante antigüedad en diferentes partes del mundo, testimonios relacionados con la expresión de las diferentes manifestaciones del arte y, en general, de las necesidades de carácter espiritual; como ejemplo pueden citarse en primer término, la inscripción sobre

basalto que representa a un flautista y a un bailarín, documento hallado en el desierto del norte de África y, en segundo término, las pinturas neolíticas de la cueva de Tassali, en el territorio que hoy corresponde a Argelia, se conjugan aquí igualmente danza y música, además del hecho pictórico, para expresar un posible sentimiento religioso. No pueden dejar de mencionarse en este espacio los motivos que hacen parte del extraordinario legado de nuestro arte rupestre, dentro de los cuales se evidencia la complejidad y riqueza expresiva del sistema de representación de las culturas precolombinas, y, aun de las posteriores, que habitaron este suelo, de manera especial, en la meseta cundiboyacense.

Es de suponer, así mismo, que la humanidad emprende de esta manera un largo recorrido hasta llegar a las más refinadas y controvertidas expresiones del arte, en donde la intencionalidad de la conciencia artística, la aplicación de técnicas y el empleo de sofisticados materiales e instrumentos propician el surgimiento de los igualmente refinados y controvertidos estilos y tendencias en todas las manifestaciones del espíritu superior, así como el advenimiento de obras inmortales en la plástica, en la arquitectura, en la música, en la poesía y en las artes escénicas, entre muchas otras.

2. LA ESTÉTICA: DEFINICIÓN Y GENERALIDADES

Después de lo anteriormente expresado, tratar el tema de la estética equivale a plantear una verdadera polémica, dada su complejidad y las múltiples consideraciones de todo orden que sobre el particular han hecho la mayoría de los pensadores pertenecientes a las diversas escuelas y doctrinas, tendencias y corrientes de todos los tiempos, mucho antes de que Alejandro Godofredo Baumgarten introdujera la palabra estética, para convertirse en el fundador de esta disciplina en Alemania y en uno de sus más eminentes representantes en el siglo XVIII.

No pueden dejar de citarse en este proceso a Godofredo Efraín Lessing, Emmanuel Kant y muchos otros, entre ellos, Teodoro Frechner, considerado por algunos, como el primer filósofo que se propuso tratar la estética en su calidad de ciencia filosófica o ciencia experimental, sin abandonar totalmente las especulaciones metafísicas que hasta ese momento, siglo XIX, habían caracterizado todos los estudios que en tal sentido se conocían.

Como puede deducirse de lo anteriormente señalado, para hablar de estética es necesario partir de ese principio fundamental que hace de ella una parte de la filosofía que nos incita con fuerza a la reflexión y al análisis, sobre la belleza y su correlación con las expresiones artísticas, con la naturaleza y con el hombre mismo. En tal sentido veamos lo que dice el profesor Hans Joachim Moser: “La estética es aquel dominio parcial de la filosofía que

se dedica a la investigación de los efectos psíquicos de las obras de arte” (Moser, 1966: 179).

Para Baumgarten, la estética es la ciencia del conocimiento sensible y agrega además, que el fin de la estética es la perfección del conocimiento sensible en cuanto tal, y esta perfección es la belleza (Abbagnano, 1973: 406).

Se ha mencionado la belleza en primer término como elemento indispensable a la contemplación estética. Pues bien, acerca de ella encontramos igualmente muchas definiciones, como la que nos presenta don Faustino Segura en su libro *Elementos de Literatura Preceptiva*, cuando dice: “La belleza, es la propiedad que tienen ciertos objetos de producir en nuestro ánimo, una impresión placentera y tranquila que conmueve nuestras facultades; mayormente, la sensibilidad y la fantasía” (Segura, 1942: 29).

A mi juicio, es Santo Tomás de Aquino, quien en sus doctrinas estéticas, nos presenta la más inspirada definición de belleza. Para el Doctor Angélico, la belleza es un aspecto del bien. Es idéntico al bien, puesto que estees aquello que todos desean, es decir el fin, y agrega: también lo bello es deseado y, por lo tanto también es un fin. Pero lo que se desea de lo bello, es su visión, (*aspectus*) o el conocimiento. A diferencia del bien, lo bello está en relación con la facultad de conocer; por ello, la belleza únicamente se refiere a

los sentidos que tienen mayor valor cognoscitivo, es decir, la vista y el oído que sirven a la razón. Llamamos bellas a las cosas visibles y a los sonidos, pero no a los sabores ni a los olores. En la belleza, lo que nos place no es el objeto, sino la aprehensión del objeto (Abbagnano, 1973:473).

Santo Tomás atribuye a lo bello tres características o condiciones fundamentales: la integridad o perfección, porque lo que es inacabado o fragmentario, es feo; la proporción o congruencia de las partes y la claridad o esplendor. Sin embargo, estas características, según su apreciación, no sólo se dan en las cosas sensibles, sino también en las espirituales, que por lo tanto también tienen su propia belleza.

Si decimos que un cuerpo es bello, cuando sus miembros son proporcionados y tienen el color debido, también llamamos bello a un discurso y a una acción bien proporcionada y que tiene la claridad espiritual de la razón. A su juicio, también la virtud es bella, porque con la razón modera las acciones humanas. Agrega además, que la belleza se encuentra en una imagen si representa perfectamente su objeto aunque sea feo. Finalmente, Santo Tomás, siguiendo a San Agustín, ve la belleza perfecta en el verbo de Dios, que es la imagen perfecta del Padre (Abbagnano, 1973: 474).

Para Federico Shiller, referenciado por Luis Nueda en su obra *Mil libros*, la

belleza encarna un altísimo significado de paz interior; veamos lo que dice al respecto: “La belleza vierte sobre el mundo la felicidad y todos los seres olvidan sus limitaciones mientras se hallan bajo el encanto de lo bello.... a la libertad, se llega por la belleza” (Nueda, 1980: 1585).

Relacionado con el concepto de belleza se encuentra el concepto mismo del arte, el cual puede considerarse imitación, creación y construcción; en tal sentido se establece igualmente esa tríptica relación: arte, naturaleza y hombre, todo lo cual ha dado lugar a muy diversas interpretaciones y definiciones entre filósofos de muy diferentes épocas. Asimismo, se asocia a los conceptos de formación, educación y comunicación.

Dicho de otra manera, en la estética se dan tres aspectos de vital importancia, cuales son: poiesis, aisthesis y catarsis. Son tres aspectos determinantes en su concepción. El primero, como poesía, construcción y fuerza creadora que idealiza la realidad dentro de una nueva visión del mundo. El segundo concepto es la comunicación misma en donde la receptividad de la obra de arte por parte del oyente, o de quien la contempla, genera como en el anterior una nueva visión del mundo, haciendo de ella una experiencia sublime. En el tercer caso, se da el influjo moderador que la obra de arte ejerce en el alma de los que la reciben, incitando asimismo a la reflexión y a la exaltación del espíritu.

3. LA CONTEMPLACIÓN ESTÉTICA UN PRIVILEGIO VIVENCIAL

Sobrada razón encontramos en la queja expresada por Shiller contra la injusta valoración de la obra de arte y del artista por aquellos que sólo buscan o apetecen lo que produce ganancias económicas o de índole innoble, cuando afirma que el provecho es el ídolo máximo que todas las potencias adoran y todos los talentos acatan. Se refiere también este autor, de manera especial, al yugo y envilecimiento de la humanidad, producto de las bajas pasiones.

Lamentablemente, lo mismo ocurre casi doscientos cincuenta años después, en nuestro medio y se diría que en el mundo entero, en un momento en el cual los valores éticos, morales y estéticos parecen estar al revés, sin ningún sentido y son objeto de mercantilismo. Esta queja de Shiller parece tener eco, en los que aspiran y por su puesto que me uno a ellos, a que el resultado ideal del arte sea aquel en el que se encuentren en perfecto equilibrio, la forma bella, acabada estrictamente y la más alta intensidad de expresión de la vida interior.

Si el arte en todas sus manifestaciones es considerado un lenguaje, y este a su vez un formidable instrumento de la comunicación, sujeto a exigencias de exquisita calidad, necesariamente el artista tiene que hacerse transparente a través de su obra. Con sobrada razón, Carlos García Prada (Nueda, 1980: 633) dice que la

creación artística tiene que encarnar un valor y un sentido humano, si aspira a convencer, deleitar y subyugar a quien la observa. Yo agregaría también a quien la escucha. Para este pensador colombiano del siglo XX, lo mismo que para Shiller, existe en el arte un sentido de libertad, que nos preserva de muchos de los males de la vida, mostrándonos de esta, sus aspectos más nobles.

Encontramos pues en la nobleza otro de los conceptos clave en lo que a la expresión estética se refiere. Ciertamente, no puede o no debe concebirse un verdadero artista o alguien que diga amar el arte en todas sus manifestaciones, si vive preso de las bajas pasiones; es posible que existan argumentaciones contrarias a esta convicción, pero me apresuro a rebatirlas, diciendo que no todo aquel que hace música, literatura, artes plásticas o cualquiera de las expresiones artísticas, o dice amarlas, tenga que haber alcanzado ese nivel de excelencia que reclaman la realización artística y la contemplación estética; es posible encontrar en este caso, niveles de la simple habilidad y la destreza, o diletantes sin una clara conciencia artística y humanística. Puede tratarse también de “amantes” del arte en apariencia o por conveniencia, nunca por ese sentimiento profundo, casi inexplicable, que hace vibrar las fibras más sensibles de nuestra espiritualidad.

Tenemos que ser consecuentes, claro está, con la naturaleza contradictoria compleja y ambivalente del ser humano, lo que hace muy difícil la comprensión de este aspecto. No obstante la consideración anterior, insisto en la esperanza del arte como factor de ennoblecimiento.

Por la misma razón, se asocia también la contemplación estética con el concepto de filosofía, entendido como la actitud serena ante la vida y las vicisitudes de la existencia humana; parece ser este hecho una huella del estoicismo; un eco lejano del ideal del “Sabio” desde la Grecia antigua y aun desde la Roma pagana, en el que la sabiduría, mas que un sistema de especulaciones, constituía un estilo y un tono existencial. “En su virtud, es filósofo sólo aquel que sabe conservar el dominio de sí mismo, tanto en el éxito como en el infortunio”, dice un ilustre pensador. Por eso es tan usual la frase aquella de: “tomar las cosas con filosofía”.

Insisto en afirmar, aunque pueda considerarse utópico, que el artista, lo mismo que quien se extasía en la contemplación estética, deben, el uno y el otro, ser “filósofos”. En este sentido, tienen que haber logrado un nivel excepcional de espiritualidad y refinamiento de la sensibilidad fundamentado todo ello en una importante altura intelectual, en una madurez ética y moral y, por supuesto, en el equilibrio de sus emociones. En un sentido hermenéutico, poseer las condiciones para que ocurra en ellos, una cabal comprensión e interpretación de sus vivencias, es decir, que se produzca a la manera de Dilthey, ese encuentro del “yo en el tú”. En otras

palabras, que aquel que contempla o escucha la obra de arte sienta y viva lo que el artista vivió y sintió.

Por alguna razón, Beethoven dijo: “escribo para que se difunda lo que rebosa en mi corazón”. Es aquí, en donde se evidencia la maestría del intérprete en música, en poesía y aun en artes visuales, al servir de puente en esa comunión de sensaciones, sentimientos y emociones, para alcanzar en plenitud la placidez y la calma.

De los comentarios que sobre la metafísica de lo bello y lo estético de Arthur Schopenhauer hace Luis Nueda (Nueda, 1980: 1605), transcribo algunos apartes referentes a la valoración de la estética según el filósofo del pesimismo, quien no obstante su condición, la presenta como un factor de reivindicación espiritual en ese proceso de comunicación.

De acuerdo con ello, dice Schopenhauer que el valor de todas las obras maestras en el arte y en la ciencia está condicionado por el espíritu afín, igual a ellas, al que habla. Es muy distinta la impresión de la misma obra maestra según la medida de la cabeza que la examina...Solo las cabezas privilegiadas pueden disfrutar verdaderamente las obras del genio, es su conclusión.

Vuelvo ahora a García Prada para enfatizar acerca de su pensamiento, a mi modo de ver, trascendental, sobre todo lo tratado anteriormente; a manera de ilustración transcribo el siguiente fragmento: “El arte, la religión y la filosofía, son las vías que conducen al hombre al bien máspreciado

a que puede aspirar: la serenidad”. Se halla aquí, una formidable coincidencia con Benedetto Croce y, de hecho, con Hegel, quien originariamente afirma que el arte como creación pertenece a la esfera del espíritu absoluto y es con la religión y la filosofía una de sus manifestaciones o realizaciones en el mundo. Parecidas consideraciones se encuentran en Schelling y en Fichte. Leamos lo que dice Hegel al

respecto: “El arte, en cuanto se ocupa de lo verdadero tanto como del objeto absoluto de la conciencia, pertenece a la esfera absoluta del espíritu y, por lo tanto, se coloca, por su contenido, en el mismo plano que la religión y la filosofía. Ya que la filosofía no tiene tampoco otro objeto que Dios y es así una teología racional y un perpetuo culto divino al servicio de la verdad” (Abbagnano, 1997: 455).

4. A PROPÓSITO DE LA ESTÉTICA EN KANT

Como puede apreciarse hasta aquí, la estética se nos presenta como una ciencia normativa o de preceptos y también como ciencia descriptiva, en el sentido de ofrecer explicaciones sobre el goce o placer estético y la creación artística.

Abarca por lo mismo, ámbitos muy diferentes y extensos del saber tales como la psicología, desde los puntos de vista subjetivo y objetivo, o ambos a la vez; de la misma manera, abarca todo un contexto cultural en lo sociológico, en lo económico y hasta en lo político y geográfico y no puede olvidarse en este sentido el arte nacionalista ruso, por ejemplo.

En todo esto, se halla presente la compleja problemática de la estética que nos lleva por laberintos de la conciencia humana. Tan contradictorio como esta, resulta el concepto de la estética y todo lo que puede decirse de ella; conviene entonces, hacer un alto en el camino citando la expresión de Feijoo (1970, 17), ante la cual parecen

desvanecerse toda la controversia, las normas y conceptos sobre la estética cuando dice: “el goce estético, es ese no sé qué; ese algo indefinible que nos emociona de la obra de arte”.

Con respecto a lo dicho por Feijoo, encontramos una importante similitud en el estudio que de la estética de Kant hace Jacobo Kogan, y es que dentro de la metafísica o ciencia de lo suprasensible, el filósofo de Königsberg propone como mayor enigma no precisamente lo que en él podría considerarse como lo espiritual por excelencia, o sea lo moral, sino lo estético. La interpretación que se trasluce aquí es que lo ético encuentra todavía un acceso a la razón y se deja expresar en la ley moral, mientras que lo estético es radical y esencialmente inefable. Es por ello que la misión de penetrar más profundamente en el arcano de lo en sí, corresponde en definitiva al arte, y el genio será aquel que nos traiga el mensaje de las regiones más alejadas de todo saber y

que sin embargo despliega, ante nuestros sentidos, la presencia innominable de aquella realidad en que mundo sensible e inteligible se integran, Kogan concluye de esta manera su interpretación (Kogan, 1965: 7-8).

Para este crítico, todo lo anterior constituye el tema principal de la Crítica del juicio. Afirma más adelante que el sentimiento es

en esta obra, la facultad del ánimo que da lugar a la percepción de la belleza y a su realización en el arte (Kogan, 1965: 49).

Si se quiere alcanzar una mayor comprensión de estos contenidos, conviene transcribir una explicación que nos ofrece el mismo autor en párrafos posteriores, donde nos dice:

En la contemplación de la belleza, la inteligencia despliega una actividad cognoscitiva general por medio de dos facultades de conocimiento que son la imaginación y el entendimiento [...] La belleza no opera causalmente sobre nosotros, sino que la sentimos a través de la armonía de esas facultades [...] El sentimiento estético, es efecto de esa armonía; proviene de una actividad de la inteligencia; no es un efecto causal mecánico obrando sobre nuestra sensibilidad física (Kogan, 1965: 60).

5. BEETHOVEN Y EL IDEAL DEL HUMANISMO

Este mismo sentimiento podría decirse con absoluta seguridad hizo que Beethoven, para citar un ejemplo de genialidad e inspiración, compusiera ese himno sublime a la naturaleza conocido como Sexta sinfonía Pastoral en fa menor, opus 68, oda y canto de amor inefable en donde el alma de la naturaleza se diluye en música, y heroica expresión de ese misticismo calificado erróneamente por algunos como panteísta, que le hiciera exclamar tal como lo refiere Ernesto de la Guardia: “Dios todo poderoso. Soy feliz en la selva, donde cada árbol habla por ti [...] ¡oh Dios, que majestad en el profundo bosque! Sobre las cumbres se halla el reposo para servirte: cada árbol parece

decirme ¡Santo, Santo, Santo!” (De la Guardia, 1973: 207).

Se encuentra aquí un profundo sentimiento religioso que lo hace amar la naturaleza como creación del Ser Supremo. En Beethoven, al parecer, resonaban permanentemente las palabras de un gran pensador quien se refería a la naturaleza como la escuela del corazón, en donde aprendemos nuestros deberes para con Dios y para con el prójimo. Uno de sus biógrafos Erwin Leuchter, citado por De la Guardia, afirma que la sentencia de Kant: “la ley moral en nosotros y el firmamento estrellado por encima de nosotros”, estampada por Beethoven en 1820, en su diario

íntimo, nos da la clave para comprender su posición frente a las cosas de la fe y la religión (De la Guardia, 1973: 208).

Otro de sus biógrafos, Andre Gauthier (1980), refiriéndose a la misma frase, la considera en él, como el indicativo de un idealismo humanitario al que permanecerá fiel durante toda su vida, “una verdad a la que jamás traicionaría ni siquiera por un trono” (p. 36). Su fidelidad a esta frase y a su contenido dan fe, según este biógrafo, de sus tendencias innatas a lo bueno y a lo noble, y es que Beethoven, quien decía amar más a los árboles que a los hombres, abrigaba en su corazón una ternura sin límites hacia sus semejantes, de manera especial hacia los más desposeídos; quizá por ello, tenían para él, tanto sentido, las aldeas y los villorrios y sus pueblerinos habitantes.

Ese mismo idealismo humanitario lo caracteriza en su apego a los ideales de libertad y de reconocimiento a la dignidad del hombre. Por la misma razón su simpatía con la Revolución Francesa, puesto que en ella se expresaba esa aspiración “humanitaria y generosa de los derechos del hombre”. De la misma manera, vio en Napoleón Bonaparte y su gesta heroica la más cercana culminación de sus sueños. Motivado al parecer por el general Bernadote, en 1798, embajador de la República francesa en Viena y futuro rey de Suecia, quien según lo afirman algunos biógrafos, le sugirió a Beethoven la idea de simbolizar en una composición la gloria naciente de Napoleón, el Maestro compuso en su honor la Tercera sinfonía en mi bemol mayor opus 55. La heroica, pero

al darse cuenta de que Napoleón se había coronado emperador, furiosamente rompió la dedicatoria al héroe exclamando: “¡No es más que un hombre vulgar! ¡Solo satisfará su ambición y como tantos otros hollará los derechos del hombre para ser un tirano! Entonces, dejó solamente el título de Sinfonía heroica (De la Guardia, 1973: 87).

Su espíritu religioso, casi místico, aunque no practicante; su fe definitivamente heroica, en un ser superior, ¡Dios! Su amor a la humanidad y a la naturaleza, se consolidan de tal manera en los últimos años, que constituyen los ingredientes necesarios para producir siempre en ascenso sus inmortales obras. El mismo dolor y amargura por el aislamiento del mundo y de sus amigos debido a la sordera absoluta, esa terrible enfermedad que lo privó hasta de escuchar su propia música; el injusto tratamiento y la incompreensión de que fuera víctima por parte de sus adversarios y de algunos de sus allegados, como también la penuria económica que en algún momento de su vida le azotó sin misericordia, en definitiva, una serie de dolientes vicisitudes que le hicieron exclamar: “¡Resignación! ¡Que pobre refugio! Pero es el único que queda abierto para mí”.

Todos estos desafortunados acontecimientos, me propongo resaltar, en lugar de menguar su espiritualidad, la enaltecen hasta el punto de producir entre otras, esa obra magna cual es la Novena sinfonía en re menor, opus 125. Sinfonía Coral, basada en el poema Oda a la Alegría, de Federico Schiller. Es este un canto de fraternidad,

amor y fe suprema indescriptible en palabras; inefable para decirlo a la manera de Kant cuando quiere exaltar, lo que para él es el sentimiento estético sin recurrir a nada más. Por eso, Sullivan ha dicho: “los más valiosos estados o ‘emociones’ que la música provoca son los que surgen del contenido espiritual más rico y más profundo” (Sullivan, 1946: 53).

En Beethoven todo es colosal. Es el máximo himno a la grandeza que pueda alcanzar ser humano alguno. En ese fantástico coral de su Novena Sinfonía y, en general, en toda ella, se hacen presentes su profundo sentimiento religioso, la reflexión y la expresión de amor hacia todo lo creado, que lo hace ciertamente separarse de su armadura corpórea y tocar la divinidad. En otras palabras, es la expresión sublime del genio y de la proyección en la belleza y es la misma expresión que hace que se produzca el sentimiento estético. Evidentemente, el arte como expresión de la belleza y, de manera especial, la música, alcanzan esas alturas. También asciende el espíritu del genio. Constituye todo esto un misterioso y encantador problema que dimensiona la percepción de nuestro mundo, difícil de explicar y de comprender para una mentalidad corriente.

Conviene entonces volver a Jacobo Kogan (1965), quien nos alumbró sobre lo anteriormente tratado diciéndonos que en el sentimiento estético conocemos no solamente nuestra vida interior, sino también el ámbito en que nuestra vida se desenvuelve; conlleva también, la

naturaleza nouménica que nos circunda, el mundo en que alienta nuestra existencia y arraiga nuestro vivir; no el mundo fenoménico de nuestros conceptos y nuestras preocupaciones, sino el de la realidad del ser que nos envuelve y nos incluye. Así mismo, afirma en la interpretación que de la estética kantiana nos hace, que la vida que conocida por nosotros a través de la belleza, según se deduce de la Crítica del juicio, es, podríamos decir, nuestro ser en el mundo suprasensible. Al fin y al cabo, y según esta sentencia perteneciente muy seguramente al mismo Kant, la vida humana es el ejercicio de todas las facultades del ánimo que son, además de la de desear, también las de conocer y las de sentir.

Estimo conveniente ahora volver sobre la obra de Ludwig Van Beethoven, para señalar que mi espontánea referencia a las tres sinfonías: Pastoral, Heroica y Coral obedece muy seguramente a mi fervorosa inclinación hacia todo aquello que me habla del humanismo integral, pero es necesario aclarar que no son únicamente estas tres obras las que lo hacen grande y lo digo con insistencia. Su obra es un universo que abarca entre otras, el Concierto para violín y orquesta en re mayor, opus 61; Las romanzas y las sonatas para violín y piano, de cuya obra las más famosas son Sonata número 5 en Fa, opus 24, Primavera y Sonata número 9 en la, opus 47, Kreutzer; sus nueve sinfonías, de las cuales, la Sinfonía número 5 en do menor, opus 67 y la número 7 en la menor, opus 92, son consideradas por muchos las más famosas.

De la misma manera, la Fantasía coral para piano, coros y orquesta, opus 80, el Triple concierto opus 56 para violín, piano y violonchelo con orquesta, su Misa solemnis, las 32 sonatas para piano, Los 5 conciertos para piano y orquesta son inigualables todos ellos, así como los 16 cuartetos para cuerdas, en fin..., su música de cámara, oberturas, su ópera *Fidelio* y muchas obras más.

No obstante, lo anterior, no podría existir ese mundo fantástico de la música sin la presencia innominable de un Juan Sebastián Bach, cumbre del barroco y posteriormente imbuido en el espíritu cientificista del siglo XVIII, quien compusiera su inconmensurable obra a La gloria de Dios. Para hablar de Bach y disfrutar su música es necesario propiciar primero un estado superior del alma, siguiendo en orden cronológico a Jorge Federico Haendel, Francisco José Haydn y Wolfgang Amadeus Mozart, el amado Mozart y genio supremo de la música. Después de Beethoven ir a Franz Schubert, Felix Mendelssohn, Roberto Schumann, Franz Liszt, Hector Berlioz, Ricardo Wagner, Johannes Brahms. Del mismo modo, no podría dejar de mencionarse nunca, estos últimos compositores, Giuseppe Verdi, Carlos Gounod, Mauricio Ravel, Claudio Debussy, el titánico Gustav Mahler; los incomparables rusos Peter I. Tchaikovsky, Sergio Rachmaninov, Alejandro Scriabin, Sergio Prokofiev, Igor Stravinski y tantos otros de vital importancia. No puede dejar de mencionarse tampoco a Darius Milhaud, Paul Hindemith, Francis Poulenc, Bela Bartok, Arnoldo Schönberg, Edgar Varese, George Gershwin, Anton

Dvorak, en fin, todos los que constituyen esa constelación de estrellas en ese firmamento de la música. Se diría más bien que se trata de una gloriosa presencia musical que viene desde la polifonía, con Guillaume de Machaut, Josquin Desprez, J. P. Da Palestrina, Orlando di Lasso, Tomás Luis de Victoria y todos aquellos grandes hombres que han enriquecido la historia de la música en el último milenio.

Considero igualmente, que no debemos privarnos del goce estético que nos proporcionan las demás formas de expresión artística, entre ellas, la literatura en todas sus formas, géneros y estilos, la plástica y la arquitectura que desde la Grecia clásica en el siglo V antes de Cristo nos conmueve con sus monumentos, como la Acrópolis, los Propileos y también su Vía Panatenea o avenida principal que conducía a estas maravillas del mundo y del espíritu. Entre los miles de testimonios de la creatividad humana, ni qué decir del extraordinario legado de la cultura egipcia que, de la misma manera que los griegos, alcanzó un maravilloso avance en la ciencia, en el arte, especialmente, en la arquitectura, como también en el pensamiento. Gracias a Jean François Champollion (1790-1832), esa cultura que exalta nuestro espíritu y nos conduce a la contemplación estética alcanzó su trascendental significación, puesto que fue él quien descifró los jeroglíficos egipcios. Dicho sea también y con verdadero pesar, que allí se dio a la vez una de las mayores frustraciones y catástrofes de la humanidad, con la destrucción de la famosa Biblioteca de Alejandría, por parte de los romanos.

6. LA ESTÉTICA UNA INTERIORIDAD

Finalmente, son estas fugaces consideraciones sobre la estética y los innumerales problemas que hacen parte de su estudio, una modesta contribución para señalar que su enorme contenido constituye un hecho necesario en nuestra existencia, es ese algo superior que nos ubica en la historia, en el “aquí y en el ahora”. Nos obliga también a una reflexión sobre los alcances de espiritualidad, de esta, nuestra condición humana, de la cual no sabemos si llegará a niveles superiores, tales como los que al parecer se han idealizado a lo largo de este escrito, o por el contrario habrá emprendido su regreso apenas en la mitad del camino.

La circunstancia de haber vivido mi existencia como intérprete en calidad de oboísta y de director coral, me anima a consignar aquí esa experiencia, esa vivencia permanente en la música, un testimonio de algo que a mi juicio constituye un verdadero privilegio, compartido en su plenitud con el melómano, instruido o no; con el amante de la música, aquel que retroalimenta nuestra energía con su fervor hacia la música y hacia nuestro oficio.

No resulta fácil expresar en palabras simples ese confuso estado de nuestra vida interior después de interpretar las obras de los grandes maestros, o bien, la sencilla y espontánea expresión musical y poética de nuestros aires regionales. De la misma manera lo es el contacto con el público, ese grupo de gentes que nos anima con su presencia, que nos hace

sentir la justificación de nuestra existencia y que por la misma razón nos causa a la vez miedo y complacencia; puede tratarse del crítico implacable o del generoso y amable melómano que disculpa nuestras limitaciones y pondera el logro, así sea muy modesto, en el instante que compartimos.

Compleja es también la situación en el momento mismo y, peor aun, después de escuchar aquellas obras inmortales, interpretadas por los grandes artistas del mundo, en que el goce estético se confunde con el anhelo y con la frustración. Se trata de un instante durante el cual nos golpea con fuerza aquella verdad de no ser lo que hubiésemos querido ser y lo que es peor, de no ser, lo que creemos ser.

Todo ello me obliga a profundas reflexiones, allá, en el lugar en donde pueda acomodarme a vivir mi interioridad. Si no contribuyo a confundir más a mis posibles lectores, me atreveré ahora a presentarles el fruto de uno de esos momentos. No se trata de una aspiración de logros poéticos, mi propósito es decir de otra manera que no sea la misma que corresponde a mis posibilidades corrientes y cotidianas de mi expresión verbal, “ese algo, ese no sé qué e indefinible...”, en los versos que incluyo a continuación.

Por algo se dice que hablar de la poesía es penetrar en el arcano, en ese recóndito lugar en donde la experiencia sensible asciende en savia transformada, a la

esfera de lo suprasensible. Por esta razón y considerando todo lo anterior, el poeta se eterniza porque hace del lenguaje, de la cultura y de la lengua, instrumentos de “inefable ensoñación”. Como bien lo dijo

el maestro Rafael Maya “el poeta es ese ser privilegiado, que va por el mundo con su varita mágica, despertando a los demás seres a la vida del canto”.

NOCTURNO

He descubierto unos versos
escondidos en mi alma,
en mis noches de vigilia
fueron ellos presentidos.

Fueron luz y fueron calma,
fueron música y colores
para hablarme de la vida
en la trascendencia del amor.

Hoy, de gris se han vestido,
pesado gris y tan intenso
confundiéndose en la niebla
de encumbradas soledades.

Sé muy bien que van muriendo
en la tortura del silencio,
porque nada quieren saber
del desengaño y el dolor.

He descubierto unos versos
escondidos en mi alma,
se diluyen en arpegios
en viaje hacia el olvido.

7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Abbagnano, N. (1973). *Historia de la Filosofía*. (J.E. Ritch & J. Pérez de Ballestar, Trads.) Barcelona, España. Montaner y Simón S.A.

Abbagnano, N. (1997). *Diccionario de Filosofía*. México: Fondo de Cultura Económica.

Bouzonio, C. (1970). *Teoría de la expresión poética*. Tomo 1. Madrid, España. Ed. Gredos S.A.

De La Guardia, E (1973). *Las sinfonías de Beethoven: su historia y análisis*. (6ª Ed). Buenos Aires, Argentina: Ricordi Americana.

Gauthier, A. (1980). *Beethoven*. (Ximénez de Sandoval. F) (4ª Ed). Madrid, Espasa-Calpe, S.A.

Kogan, J. (1965). *La Estética de Kant*. (Colección y Ensayos) (Editorial Universitaria de Buenos Aires, Viamonte 640).

Moser, H. J. (1966). *Estética de la Música*. (Gerhard. C & Negrete. D), Trads.). México. Unión Tipográfica Hispanoamericana.

Nueda, L. (1980). *Mil Libros*. (Espina. A, Revisión). (6ª Reimpresión). España, Editorial Aguilar S.A.

Segura, F. (1942). *Elementos de Literatura Preceptiva*. (6ª Ed). Cali: Editorial América.

Sullivan, J.W.N. (1946). *Beethoven: su desarrollo espiritual*. (Hernani. De M, Trads). Buenos Aires: Editorial Sudamericana.